
1.

Mi testimonio es impreciso. Mezclo la cosecha de la memoria con la creación, porque es todo lo que sé hacer. Los episodios que aquí registro, de índole familiar y cotidiana, emergen de mi modestia y de mis desaciertos.

La selección que hago de la familia, de los amigos, de los pensamientos vagos, compone mi horizonte personal. Sin duda, es arbitraria y presenta un alto grado de subjetividad. Evito ser minuciosa para reducir el margen de errores y también porque las versiones que guardo de los hechos narrados son en sí contradictorias. Yo misma, ante mis imprecisiones y mis provisionales certezas, me sorprendo con lo que relato. Y aún más cuando oigo lo que me cuentan, algún suceso relativo al pasado y que me tuvo como protagonista. Al verme a merced de la fantasía ajena, dudo que haya legitimidad en cualquier discurso, incluyendo el mío. Ignoro si mi interlocutor inventó lo que narra para dominar mejor mi vida, o intenta sencillamente probar, hasta para sí mismo, que formamos todos, en conjunto, una sociedad entrelazada, de la cual sólo perdura la memoria compartida.

Confrontada con estos casos, decido yo misma engendrar leyendas y episodios que me son atribuidos, siempre teniendo como disculpa la condición de escritora, a quien es dado el privilegio de inventar sin sufrir sanciones morales.

Así, enlazo los temas posibles para entenderme mejor, para subsanar los recursos de la memoria, que me abastece con la habilidad de recordar los hechos ocurridos hoy, ayer, milenios atrás, que juzgo míos, pertenecientes

a mi esfera tribal. Una memoria que, al servicio de la codicia, nos permite observar las líneas de un mapa y manifestarnos sobre la geografía de las cosas, de los sentimientos, de las islas pulverizadas del Índico. Y que nos impulsa a narrar la odisea personal, la saga de lo cotidiano, de la cocina, de la cama, del amor. Y que, por su eminente carácter narrativo, ocupa mi pensamiento, conjura mi silencio, ahuyenta la monotonía narrativa. Pero que pronto se organiza y resiste a desintegrarse mediante una simple línea, épica y avasalladora, como aquella que heredamos de Homero.

Es lo que intento hacer.

2.

La memoria empieza donde hemos nacido. Yo vine al mundo un jueves, en la calle Dona María, en Villa Isabel, en una casita blanca, de campo, de simetría casi ilusoria, que pertenecía al abuelo Daniel, al lado de la casa grande de mis abuelos maternos. Y por expresa determinación de mi madre, Carmen, que hasta el final del parto evitó la ida al hospital por miedo a que me cambiasen en la sala de recién nacidos, regresando ella a casa con la hija que no había parido.

Incluso al final de su vida, en vísperas de su muerte en noviembre de 1998, mi madre insistió en afirmar que, aunque temeraria, esta decisión de hacerme nacer lejos del hospital, en manos de una comadrona improvisada, había sido sabia. De no haber sido así, ella tendría serias dudas de aquella filiación. De si sería yo, de hecho, su hija, heredera de su carne. Y aunque yo me reía de sus temores, como dudar que no fuese hija de Carmen y Lino, ella no tomaba en serio mi obstinada certidumbre. Desde el inicio había temido mi ímpetu de aventura, la desfachatez con que circulaba por el teatro Municipal, la soltura con que movía el cuerpo y la palabra, la certidumbre aparente de quien se siente protegida por el amor del hogar.

Vine, pues, al mundo en el lecho conyugal en que fui concebida. Y a pesar de las dificultades del parto casero, manifesté un gusto precoz por las artimañas del destino, dado que casi nací de nalgas, de culo hacia la luna, según dicen. Felizmente, la extravagante travesía en sentido contrario por el cuerpo de mi madre, corregida en el último instante, no me dejó secuelas visibles.

Mi familia era bondadosa. Al reunirse, me llevaba a pasear por la tarde por la calle Pereira Nunes para ver los tranvías que los domingos traían parientes y amigos, cuyos cobradores, trapevistas urbanos, hacían equilibrios en los escalones mientras cobraban el precio del billete. Tranvías como el que se desplazaba por los espacios de la ciudad llevándonos hasta Flamengo, para los baños de mar que mi madre juzgaba milagrosos para mi salud.

Aún pequeña, los ruidos provenientes de la calle, que me llegaban atenuados, legitimaban la vida, despertaban los sobresaltos de mi corazón, sensible a los acontecimientos cotidianos. La voz de mi madre, repartiendo tareas y protegiéndome, también me acariciaba. Las demás voces, del padre y de la familia, me garantizaban una secuencia de novedades que empezaba a impresionarme.

La memoria que hoy tengo es acumulativa y sobre todo, dispersa. Tiende a traicionarme, aunque a veces acumule bienes, arrastre palabras y suspiros hacia el interior del armario, triture alimentos, amores, la materia intangible y grosera. Por mi parte, me dedico al pillaje, voy a la realidad como un pirata que cosecha tesoros que de hecho son míos. He sido bendecida con los recuerdos, como aquel que me devuelve el frescor del carnaval cuando niña, quizás con tres años.

La familia se exaltaba con el verano carioca y con el carnaval. Aquellos días de carnaval, festejados en la casa con el beneplácito de los abuelos. Mi madre y mis tías me disfrazaban porque no querían privarme de un placer que entonaba himnos a la vida. La familia partía para la ciudad bajo la mirada diligente del abuelo Daniel, que había contratado los coches con las capotas bajas a fin de poder saludar al exterior, y de que se lanzaran serpentinas y confetis, y todo aquello que liberaba su grey. Un regocijo que expresaba la cohesión familiar.

Los días carnavalescos alteraban la realidad, le imprimían una magia indescriptible. A mi madre y a los de-

más no se les ocurría ninguna palabra para prestarme capaz de definir lo que yo estaba a punto de sentir. O que esclareciera para una niña como yo el significado de una fiesta dedicada a los desfiles, a los cortejos de carrozas ornamentadas, a los *blocos** sucios con hombres vestidos de mujer, a los disfraces suntuosos. Recuerdo que en los años subsiguientes me deslumbraron los trajes de arlequines y colombinas, cuyos colores, en contraste con los muros encalados de blanco predominantes en nuestra calle, traían nociones de policromía que me iban afinando el gusto.

Orgullosa del disfraz, yo reía sin motivo. La ropa, que no era de uso común, parecía dar inicio al ciclo de la alegría. Así, la prima Nelita y yo, haciendo gestos a modo de danza, éramos aplaudidas, nos llenaban de elogios. Sólo faltaba que las tías preguntaran al espejo de la casa si existía alguien más bella que sus sobrinas.

Pero lo que yo más amaba, además de la misteriosa geografía del barrio en el cual se nace, eran los interminables almuerzos de los domingos, que se distinguían por los sabores originarios de la abundante comida, según expresa exigencia del abuelo Daniel, por los suspiros gallegos de la abuela Amada, por los rasgos inexpugnables de mi origen.

Al dejar Villa Isabel, a los cuatro años, a cambio de Copacabana, con qué ansiedad aguardaba los días de visita a la grey gallega. En aquella caverna amorosa, familiar y amiga, fue siempre tan fácil ser feliz.

* Grupo de personas que desfilan en carnavales. (*N. de la T.*)

3.

Debo el nombre de Nélide a tía Amada. Apodada Maíta, era una mujer de rara belleza. Su esmerado espíritu familiar, aun sin que hubiera motivos de peso, se lanzaba a la férrea defensa de los miembros de aquel clan de emigrantes del que formaba parte.

Con ese coraje, enfrentó la ira del abuelo Daniel, que había llegado al Brasil con doce años para hacer las Américas, al intentar imponer a la recién nacida, que era yo, un nombre que en un principio era rechazado por él.

El abuelo, también mozo guapo y de genio fuerte, se oponía a un proyecto que contradecía su deseo de llamarme Pilara, en homenaje a su madre, fallecida hacía muchos años en su lejana Galicia. Pero Maíta nunca desistía de sus proyectos. Hasta para morir, a los noventa y dos años, mantuvo una resistente batalla. Así, con rara valentía, se rebeló contra su padre. Sustentaba su argumentación con un sólido principio: si el padre, que había tenido cinco hijas mujeres, no le había dado a ninguna el nombre de su propia madre, ¿por qué habría de bautizar a la recién nacida, hija de Carmen y Lino, con un nombre que tendría que arrastrar durante toda la vida?

Finalmente, tras varios días de lucha, ella obtuvo el apoyo de todos, incluso de mis padres, Carmen y Lino. Al abuelo sólo le quedó resignarse, aunque ofendido. Lo que no le impidió amarme con exaltado celo, hacerme apreciar las delicias del mundo, el sentido estético y utilitario de las fachadas de los edificios que visitábamos, y defender la indisoluble cohesión familiar. Murió, sin embargo, sin saber que el nombre de Nélide forma junto con

el suyo, Daniel, un perfecto anagrama. Un hecho que yo también desconocía y que sólo llegué a descifrar gracias a Tarlei, un joven bancario *mineiro** que, al entrevistarme, expresó su emoción por la feliz idea que tuvo la tía de rendir tal homenaje al abuelo.

Esa revelación me perturbó. Hasta aquel momento, no me había dado cuenta de ello, de la misteriosa simetría que rige ciertos acontecimientos familiares, pues el hecho de que Maíta tampoco hubiera percibido el anagrama había sido el responsable de que el conmovedor acierto, en un principio, hubiera ofendido a mi abuelo, y le hiciera sufrir la rebeldía filial que, al fin y al cabo, estaba celebrando en su génesis.

En esta secuencia de enigmáticas coincidencias, comprendí la razón de la condesa D'Agoult, amante del compositor Liszt y madre de Cósima, esposa de Wagner, responsable de la grandeza del Festival de Bayreuth, al prestar a su novela *Nélida* el seudónimo masculino de Daniel Stern. Prueba de que la condesa era consciente, antes que Tarlei, de que el título de la novela y el seudónimo formaban el referido anagrama.

Divago al respecto. ¿Por qué tardé tanto en develar una historia que habría ayudado a comprender mi alianza con el abuelo, a traducir para mí misma el curso de mis sentimientos, a traducir lo que hay detrás de cualquier modesto hecho cotidiano, lo que nos falta descubrir para proyectar luz y esperanza a cualquier realidad, aun cuando sea oscura y hostil?

* En Brasil se llama *mineiros* a los nacidos en el Estado de Minas Gerais (Minas Generales). (*N. de la T.*)

4.

Mi madre me llevaba a pesar a la carnicería próxima a la casa de Villa Isabel. Usaba la balanza de la carne con la esperanza de que un día yo engordara. Existía la creencia de que los niños necesitados de peso, por falta de apetito o por problemas de salud, ganarían algunos kilos después de que los pusieran en el mismo plato de la balanza en que pesaban la carne.

Preocupada por mi salud, que el médico consideraba frágil, ella velaba por su bebé con un exceso de cuidados. Me encerraba largas horas en el cuarto, lejos de ruidos que me pudiesen provocar vómitos, regurgitaciones. Y para compensarme de las incomodidades que debía sufrir, aparte del baño de mar en Flamengo, recomendado para mi estómago enfermo, me hacía oír música suave, preferentemente clásica, para serenarme.

También realzaba a su hija con trajes que ella misma escogía, y discutía con la modista detalles que contribuirían a perfeccionar la estética de la niña. Pero como disponía de presupuesto limitado, recurría al escaparate de Casa Boneca, en la calle del Ouvidor, considerada una de las mejores tiendas infantiles, para copiar los valiosos detalles de un modelo que le gustara y transferirlos a la modista.

En general mi madre seleccionaba los vestidos bordados con nidos de abeja y mariquitas a la altura del pecho. Además, durante un reciente curso sobre mi obra impartido en la Universidad de Oklahoma en 2004, donde acudí a recibir el premio Puterbaugh, relaté en clase el sueño que había tenido sobre mi madre la noche

anterior. Como curiosidad, al día siguiente, una alumna me regaló, dentro de una pequeña caja, la mariquita que guardo visible en mi escritorio.

Hasta los cuatro años, José fue mi compañero de juegos en Villa Isabel. Vecino de un grupo de tres casas, propiedad del abuelo Daniel, nos veíamos casi todos los días. Jugábamos juntos en nuestro jardín y en los de las casas vecinas, saliendo en romería, cuidando el uno del otro. Niño pacífico, José escondía las garras, incluso cuando le provocaban. Dada la confianza que nos teníamos, yo lo consideraba un cómplice querido. Me gustaba más estar con él que con cualquier otra niña de la calle Dona María.

Mucho menos atrevido que yo, José retrocedía a veces ante las travesuras que le proponía. Me miraba con extrañeza, como si le estuviera sugiriendo una acción de la cual no saldríamos ilesos. Pero, al ver que me ponía triste, rectificaba la actitud y me seguía.

Por más que me esfuerce, tengo un recuerdo vago de su rostro. Al separarnos prematuramente, yendo cada cual a vivir lejos de Villa Isabel, no supe nada más de él. Pero mi *Libro del bebé*, que iba completando mi padre, señala que fue *José* la primera palabra que pronuncié, en un anticipo de los días felices que pasaríamos juntos en aquel corto período de nuestra vida.

Aunque dulce y juicioso, a veces me desafiaba. Mas al final, atraído por el espíritu de aventura propio de la infancia, partíamos juntos hacia la calle. En esa época, nos llamaba la atención la señora rusa, a quien la tía se refería como una noble que había venido a parar al Brasil y había escogido vivir en Villa Isabel, cerca de nuestra casa.

Esta mujer, que encarnaba el misterio indispensable en la vida común, vivía encerrada en la casa, quién sabe si cultivando algún producto exótico en el interior de la sala, o consumiendo litros de té negro salido del grifo del samovar de plata que había traído desde Rusia.

Raramente ponía los pies en la acera, prefería investigar a los paseantes con los codos apoyados en el alféizar de la ventana. Con aspecto un tanto enfadado, no dejaba de saludar a los vecinos. En especial a mi madre, cuyas maneras y juventud parecía apreciar. Un afecto mantenido a distancia, al cual mi madre correspondía.

De ella decían que se comportaba como si todavía no hubiese llegado al Brasil, que el corazón se le había quedado en la patria. De ahí que le resultara extraño un país que, aunque católico, se entregaba a las supersticiones, a los rituales sincréticos. Como consecuencia, ella se retraía, y evitaba salir a la calle incluso cuando había oscurecido. Era su marido quien se ocupaba de las compras, de sacar la basura.

Un día, con gesto discreto, me convocó a la ventana donde se instalaba cada tarde. José y yo obedecimos sin saber el motivo de la invitación. Aunque pequeña, recelaba. Mi madre me había llenado de cautela, no debía siquiera aceptar caramelos de extraños.

Ella me habló y no la entendí. Pero percibí el acento extranjero, la presencia de la bruja que con su varita mágica me revelaba otro mundo. José, a mi lado, parecía igualmente hechizado. Hasta que mi madre vino en mi socorro, según me aclaró años más tarde. Aproximándose a la rusa, se esforzó por entenderla, le dijo el nombre de la hija pequeña, que las estaba observando. Un nombre rechazado por el abuelo de la criatura, pero que a ella le había gustado. Por ello combatía cualquier apodo que le diesen. Y lo ejemplificó hablando de Leonor, amiga de tía Maíta, que jugueteaba con la niña usando un papel enrollado a modo de trompeta. Y que, al hacerla sonar, repetía cariñosamente el apodo Duquinha, diminutivo de duquesa, debido a la piel clara y los cabellos rojizos de la niña que correspondían, para Leonor, a un ideal aristocrático.

Mi madre expresó acto seguido su disgusto por el apodo. No quería que me llamasen Duquinha, si tenía como nombre Nélide, que era con el que debía vivir.

Tras mudarnos de barrio, recordó a la vecina rusa durante algún tiempo hasta que finalmente la olvidó. En cuanto a mí, aunque yo la hubiese petrificado en la memoria, y la imagine hoy enterrada en la falsa estepa brasileña, ella me trae al recuerdo el mundo de Tolstoi, distante y melancólico. Los siervos de la gleba, tristes y condenados; Natacha, consumida en el sortilegio de los giros del vals que había danzado Ana Karenina en el salón de la casa de Moscú, y que en el alborozo de la pasión por Vronsky no presiente la futura muerte.